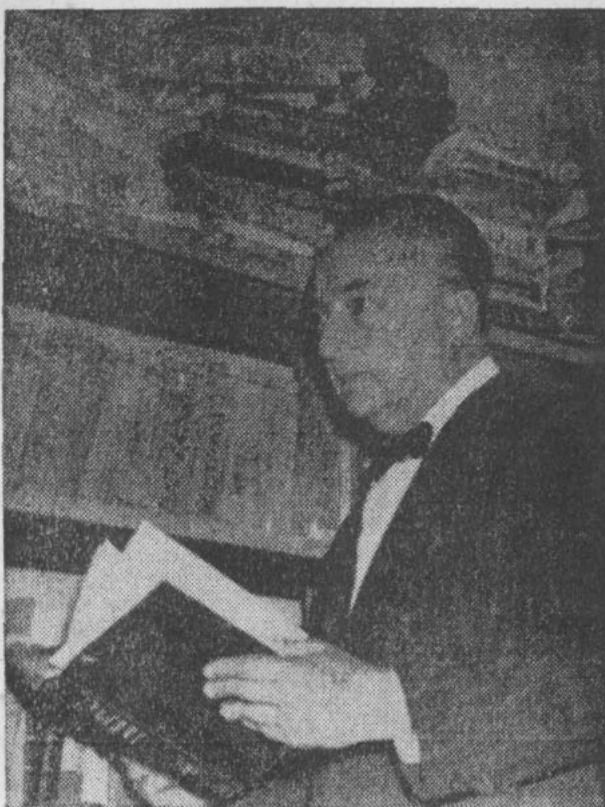


## Joaquín



SI, JOAQUÍN, a secas; como Rubén o Ramón, identificado sólo por su nombre, que adquiría presencia y resonancia de hombre cabal, al pronunciarlo cual un mantram de claros fonemas frente al arcano de Elohim. Joaquín para sus amigos y compañeros en el periodismo y las letras nacionales; Joaquín, inmenso y único en su potestad de escritor magnífico y maestro de la crónica; Joaquín en el cariño y la devoción de todos, aun en la de aquellos que nunca estrechamos su diestra y que jamás estuvimos a su lado. Y ahora que se ha ido definitivamente de nuestra vecindad, al doblegar su noble existencia un ronco baladro, su nombre se multiplica y crece en boca de todos, en un afán imposible de incredulidad ante lo irremediable, en una como plegaria que impetra milagros en ese silencio de millares de compatriotas que hoy se doblegan ante la desgracia tremenda.

Desde los días de "El Inútil" (1910) hasta sus últimas crónicas recopiladas por Alfonso Calderón, o, mejor, hasta su crónica del jueves postrero, el autor de "Don Eliodoro Yáñez, La Nación y otros ensayos" bien podía redondear hacia arriba sesenta años de escritor extraordinario. Lo era desde aquellos días en que sus libros permanecían breve tiempo en los escaparates. Con "El Roto" conquistó sus primeros pergaminos. A propósito de este libro, Blasco Ibáñez le decía en cordial misiva, hace cincuenta años: "Puede usted ser (mejor que nadie) el novelista, no de Chile, sino de toda la América del Sur. Me lo hacen creer las notas sobre Argentina y Brasil que encuentro en su libro..." Por su parte, el peruano Emilio Vásquez le expresaba en la portadilla de "Altipampa" (Puno, Perú, 1933): "A Joaquín Edwards Bello, alto exponente del pensamiento nuevo de América, y autor de "El Roto", la gran novela que es legítimo orgullo de Indoamérica."

Todos coincidían en el elogio. Julio César decía de él, en la portada de "El Bolchevique", en 1927: "Todo lo que de él brota: hablando, escribiendo, tiene garra, médula, brillo. Nadie ha escrito en Chile una prosa con más calor, con más jugo de vida, más henchida de sustancia." Joaquín, entonces, cosechaba los frutos de quince años de labor. Y seguía sembrando en los surcos de "La Nación" y en las páginas de nuevos libros que luego verían la luz. Y sembrando una amistad perenne y su solidaridad de hombre íntegro en el estrecho mundo de los caídos o de aquellos que estaban expuestos al ludibrio. Es el caso de Gómez Carrillo y "El misterio de la vida y de la muerte de Mata Hari". El drama que el guatemalteco vivía en la picota, fue considerablemente aminorado por un valiente artículo escrito por Joaquín, en Madrid, en 1922.

Para Joaquín Edwards Bello, el arte de escribir —en él, era un arte, una virtud— fue algo doloroso, un camino interminable y agotador. En el prólogo de la novela "Dolor", de Juan Palacios García Reyes (1927), el maestro escribe: "La literatura es uno de los caminos más seguros para llegar al dolor. Por eso el hombre y la indole de su iniciación me conmueven. Quien dice literatura dice arte y sensibilidad, o sea: Dolor." Y refiriéndose concretamente al periodismo, decía en una carta dirigida a su ami-

ga Magdalena Petit, en 1934: "Reconozco la desoladora objetividad que hace de mis escritos, a veces, una lamentable bagatela. Sin embargo, es mi oficio y voy a poner aquí el aforismo de él:

"Periodista es aquel que entrega en calderilla el billete de mil que su mente ahorró..."

"En calderilla y a chaucha por día, obligado, en primer lugar, a no ser abrumador, y a gustar a los directores pasajeros y exigentes de otra cosa muy ajena al buen gusto..."

En 1941, en unión de Domingo Fuenzalida, dirigió la revista "Franqueza" —lo que no se dice—, en cuyas páginas él daba duro y sin remilgos con la dura franqueza de toda su vida. Del N° 1 copiamos estos botones: "Cada gobierno hace bajar más al valor del peso. El caso de Chile, esto es, la pavorosa pobreza, la ausencia del vestuario, de casa y alimentos, proviene de que la conveniencia de los poderosos no coincide con la conveniencia de los menesterosos." Y éste: "Para sanar a Chile es preciso una política de huascazos; no de discursitos ni de frases de pachuli para halagar al electorado."

Yo no conocí personalmente a Joaquín Edwards Bello, pero tengo una deuda con él desde hace varios años. Se trata de una de sus crónicas incomparables, dedicada íntegramente a este humilde cronista. Antonio Romera —buen amigo del ilustre desaparecido y compañero de él en "La Nación"— me trajo la noticia. "¿Leiste la crónica de Joaquín?", me preguntó sonriente aquella vez. Le conté que no la había leído. "Pero si te dedica toda la página a ti", me dijo sorprendido. Así era, en efecto. Todo aquel Jueves (no recuerdo la fecha) me lo dedicaba, a propósito de una anécdota de don Federico Santa María que yo había recordado en "Las Últimas Noticias". Correspondí a tan alta distinción con dos crónicas en el diario de toda mi vida.

Ultimamente, Magdalena Petit, siempre bondadosa y servicial, se había empeñado en que fuéramos a ver a Don Joaquín. Se le había puesto entre ceja y ceja que yo podía ayudarlo en su enfermedad y, acaso, a detener el avance de su mal. Algo oyó decir por ahí de mis rudimentarios conocimientos de yoga y tal vez la historia de un extraño milagro... Ciertamente es que voy desde hace más de cuarenta años por el Sendero, pero dudo de que pudiera influir a alguien con la imposición de las manos o con la irradiación de mi aura de humilde chela. De poder hacerlo, me habría sentido feliz, y en la disyuntiva de darle diez años de mi vida, si es que me quedan hasta esta altura de mi ya prolongado tránsito terreno, lo habría hecho sin mayor vacilación.

Pero a él ya no le interesaba vivir, al menos en la forma en que transcurría su penosa existencia. Por eso el noble anciano —viejo lindo de una de sus mejores crónicas— tomó la resolución de dejar el mundo de las formas. Ya no la necesitaba para hacerse presente y vivir entre nosotros. El ejemplo de su vida y la herencia de su vasta obra de escritor y periodista a lo largo de más de medio siglo, le dan esa como corporeidad diáfana y perenne de los seres superiores que un día desencarnaron y que siguen presentes en el recuerdo fiel de quienes les amaron de verdad. Siempre...

Homero Bascuñán.